

ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

TRATADO VI

LA CÁTEDRA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*Virtudes que practica Jesucristo en la Eucaristía
y que nos propone imitar.*

Post hæc, fili mi, ¿ultra quid faciam?

Después de todas estas cosas, hijo mío, ¿qué más me resta por hacer?

GENES. XXVII, 37.

ADVERTENCIA

Con objeto de proporcionar abundante doctrina eucarística á los lectores de esta Obra, y de conformidad con el Plan de la misma, presento á continuación unos amorosos coloquios entre Jesús y el alma devota del Sacramento. Su materia serán las virtudes que el Salvador exhibe en la Divina Eucaristía, y en ellas encontrará el espíritu cristiano un modelo sin igual de perfección y verá al propio tiempo sus propias imperfecciones.

Ya que á Jesucristo, según el texto arriba declarado, luego de habernos otorgado el Sacramento Santísimo, ninguna cosa le ha quedado por darnos, pues con Él nos ha hecho partícipes de todos sus bienes; asimismo, el alma amante de la Santa Eucaristía, después que á la vista de las bellas virtudes que el Redentor manifiesta en la Hostia inmaculada, se decida á copiarlas en el terreno de la vida práctica, podrá

dirigirse á Jesucristo y decirle de la misma manera:—Después de todas estas cosas, ¿qué más me resta por hacer?

Prometo no ser largo para no ser pesado, ya que es preferible lo breve, tomado con placer, á lo difuso, llevado con tedio ó trabajo. ¡Ánimo, lector querido!

I

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos enseña la virtud de la Obediencia.

Voz de Jesús.—Si supieras, alma querida, el amor inmenso que en este bello Sacramento te profeso, seguramente me corresponderías con todas las fuerzas de tu corazón. Mírame en la santa Hostia sujeto á las criaturas, de tal modo que éstas pueden hacer de mí cuanto es de su agrado. No sólo he obedecido desde una eternidad al que me engendró, sino que he condescendido también con los deseos de los hombres. No bastó, no, á mi amor haber dado mis manos y mi cuello á los deícidas para que, por breves momentos, los amarrasen con duras sogas á la fría columna del Pretorio; mi amor hacia ti me ha atado eternamente con fuertes cordeles á la prisión del sagrario; tú me tienes encarcelado, y por más que no te dignes venir con frecuencia á visitarme para hacerme llevadera la soledad en que vivo, he ahí que no quiero trabajar por mi libertad á fin de que tú me encuentres siempre aquí cuando de mí esperes conseguir algún favor. Veinte siglos ha que me he entregado á ti sin reserva, como fino esposo que se entrega á la voluntad de su fiel esposa, de tal manera que el Criador parece criatura y ésta, señora del mismo Dios. Yo no pude en mi infinita sabiduría y en mi suma omnipotencia inventar otra Prenda más oportuna y más grata, para aleccionarte en la obediencia debida á Dios y á tus superiores, que la que admiras en la Eucaristía. ¿Qué más pude hacer por ti que no haya hecho?

Basta una insinuación canónica del sacerdote para que Yo, sin abandonar los dulces regalos del cielo, baje á compartir con mis hermanos sus penas y tristezas; un deseo tuyo es suficiente para que me hospede en tu alma. Me llama el enfermo y voy á su casa; me solicita el encarcelado y corro á su prisión; me implora el infortunado y vuelo á su guardilla. Pide mi apoyo el desvalido y se lo concedo; busca su consuelo el triste y se lo doy; alarga su débil mano el miserable y le tiendo amoroso mis brazos. El justo me recibe sacramentado y le otorgo contento mi gracia; el pecador y el criminal me buscan para hendir en mi Corazón el puñal de la culpa y Yo voy á ellos, con disgusto, sí, pero en fuerza de la promesa sacramental. ¿Puedo quizá ser más obediente en la Eucaristía?

¡Oh! ¿Te has aprovechado alguna vez de tantas lecciones prácticas? ¿Has aprendido ya á estar sometida religiosamente á tus mayores? Esa virtud especial que vuelve pronta la voluntad del hombre para ejecutar los mandatos del superior legítimo (1); esa virtud que infunde en el alma todas las virtudes, é, infundidas, las conserva (2); esa virtud, la obediencia, por la cual serán bienaventurados en la eternidad los que la consiguieren (3), y aún en el tiempo éstos mismos serán auxiliados de mi mano (4) y confortados con mi brazo, ¿la practicas, tú, alma mía? ¿La amas como yo la amé con la obra, con la voluntad, y aún con el entendimiento, hasta la muerte de cruz?

¡Ah! Por desgracia, el espíritu de insubordinación y de independencia se ha apoderado hoy de casi todos los hombres; se desprecia la autoridad legítima porque no se quiere á mí; llenos de infernal soberbia se creen bastante sabios, bastante fuertes, bastante prudentes para proclamarse independientes de todo yugo divino y humano; y no es para dicho las funestas consecuencias que de estos principios se

- (1) Sto. Tomás, 2.^a 2.^a, q. 104, a. 3, ad 3.
 (2) S. Gregor., lib. 35 Moral.
 (3) Luc. II.
 (4) Ps. LXXXVIII, 22.

originan en todos los órdenes sociales, pues tú misma observarás con horror la multitud innumerable de males existentes, efecto sin duda de aquellas causas. Tú misma, ¿no aspiras á vivir en ese ambiente de libertad moderna?, allá, en el fondo de tu espíritu, ¿no te quejas amargamente de lo pesado de las leyes, del genio más ó menos fuerte de tus superiores, y de las múltiples trabas que te impiden gozar de mayor libertad de la que actualmente posees? ¿No murmuras, no criticas la conducta tradicional de tus antepasados en este respecto, y hasta preconizas, al tratar de libertad, ciertas ideas modernas por cierto disolventes? Créeme; esa libertad, mejor que su nombre debiera clasificarse libertinaje, esclavitud durísima con que Lucifer aprisiona á los que busca para sí. No te dejes, no, ilusionar por esas mal llamadas conquistas de la libertad contemporánea, ni seguir á los que predicán ilustración, progreso y civilización modernos, hijos de esa libertad reprobada; antes bien, vive atada á la observancia de mis santos preceptos, que te enseñan á obrar el bien dentro de la verdadera libertad; y, escuchando humilde las lecciones que desde la Hostia inmaculada te predico, haz por llevarlas al terreno de la práctica, con lo cual conseguirás el premio que te espera.

Alma.—¿Quién no os amaré, dulcísimo Jesús, viéndoos en el Altar tan obediente á los ruegos de los hombres? Quién no imitaré vuestra conducta, oiré vuestros consejos y guardará vuestros preceptos, sabiendo que Vos, no sólo sois obediente á vuestro Padre, sí que también á vuestros hijos? ¿Quién ha oído prodigio semejante? Bien conozco, Señor, que me cuesta obedecer á mis superiores, que me gusta alguna independencia, y que tengo propensión á dominar á mis semejantes; pero también comprendo que debo corregirme de estas imperfecciones, á la vista de Vos, prisionero por mi amor en el sagrario, y más que en el sagrario, en las estrecheces de pequeña Hostia, donde os inmoláis á vos mismo en las aras sublimes de vuestra obediencia al Padre. En adelante, Dios mío, admiraré de mejor grado el ejemplo que me dáis en la Santa Eucaristía; escucharé vuestros man-

datos, y trazaré mi norma de conducta según la vuestra, ya que vuestra vida fué una perfecta vida de obediencia y de sacrificio hasta la muerte. Quiero seguir las huellas de mis antepasados, vuestros siervos, sin declinar de la tradición que gloriosamente nos dejaron, para trabajar en el orden social y económico; y Vos, que jamás desoís al que os invoca, he ahí que golpeo las puertas del sagrario para que me escuchéis amoroso, y me concedáis placentero las mercedes que solicito por vuestro amor. Amen.

II

Jesucristo en la Santa Eucaristía es ejemplar de Humildad.

Jesús.—Aprende de mí, alma mía, porque soy manso y humilde de corazón y hallarás el descanso deseado. Esta segunda virtud, necesaria para tu salvación, fué ignorada del mundo pagano, y á no ser por mi visita á la tierra hubiera sido desconocida. Es preciso abatirse para ser ensalzado; es indispensable no ensoberbecerse para ser justificado. Y Yo, que he trabajado siempre por justificarte y aún por ensalzarte, viendo que tus caminos eran el orgullo y la ambición, determiné darte ejemplo de humildad profunda, bajando del trono de mi gloria, al seno de mi Madre y desde el seno de mi Madre, al Calvario del Altar, donde me oculo silencioso tras los velos eucarísticos de pan y vino, materias las más ordinarias y modestas. En el Sacramento, siendo infinitamente inmenso, me estrecho hasta semejarme á la nada; siendo infinitamente rico, me contento con la decencia de un copón y la pobreza del sagrario; siendo infinitamente glorioso, encojo mis resplandores tras las nubes de especies consagradas; siendo infinitamente poderoso, suspendo la fuerza de mi poder que aparece como nulo. He querido en la Sta. Eucaristía semejarme á la nada para que tú pienses de ti bajamente y no te engrías á la vista de tus dones, pues, no siendo tuyos, tienes motivos suficientes para dirigirlos á su autor. He dispuesto la humildad del Sacramento para que

aprendieses de su virtud y pudieses ser ensalzada como me ensalzó mi Padre en vista de mi abatimiento. Si no te hicieres semejante á los niños en tu humildad y sencillez, no podrás entrar en el reino de los cielos (1); pues yo, en verdad, atiendo á la oración del humilde y no desprecio sus plegarias (2), así como resisto á los soberbios y doy mi gracia á los humildes (3).

Toda la regla de la sabiduría cristiana consiste en la verdadera y voluntaria humildad (4); y es humildad verdadera el tenerse en pobre concepto á sí mismo, alabar sin envidia ni odio las buenas cualidades del prójimo (5), y en ocuparse en oficios bajos (6). Ten presente que la humildad es madre de la verdadera sabiduría (7), muralla inexpugnable para resistir los ataques del enemigo (8); y que el que adquiere virtudes sin la humildad, es como el que lleva el polvo á merced del viento (9).

No obstante, el orgullo y la ambición de los honores carcomen hoy el corazón humano. Se desea ser grande según el mundo; la desnudez, la pobreza y la sencillez del alma son despreciadas y vilmente ultrajadas; el afán desmedido por ser y aparecer grandes invade el corazón como creciente ola que, subiendo hasta los ojos, los niebla para que no vean los precipicios de que la grandeza mundana está cercada. ¿Qué son y significan el lujo, la educación moderna, la monomanía por exhibirse, por influir, por estar en todas partes, la satisfacción en medio del banquete opíparo, del bullicio aristocrático, de la casa amueblada con todas las exigencias de una sociedad sibarita, y el sentimiento, la tristeza que se tiene cuando rodea la modestia del vestido, de la casa y del paseo? Es que se prefiere el orgullo y la

(1) Math. XVIII, 3.

(2) Ps. CI, 18.

(3) I Petr. V, 6.

(4) S. Agust., Serm. 8 de Epifan.

(5) S. Greg., sup. Ezeq.

(6) S. Ciprian., in Hexamet.

(7) S. Chrisost., hom. 48 in Math.

(8) S. Ephren., Pærem. 46.

(9) S. Greg., hom 7 in Joan.

soberbia á la humildad y á la moderación. ¿Eres tú así, alma querida? Piensas según el mundo y te dejas llevar de sus máximas? Quizá más de una vez habrás desoído las voces que te doy desde el sagrario; quizá habrás olvidado mis lecciones, ó no las habrás puesto nunca en práctica. Vuelve, vuelve atrás, si has declinado á la izquierda, y ven á mi Cátedra eucarística para escuchar las lecciones que á todas horas doy á mis discípulos.

Alma.—Con sobrada razón desaprobáis, Dios mío, las corrientes actuales del mundo; pero ciertamente habéis aplicado vuestro dedo en mi llaga, pues yo por desgracia ¡no me ruborizo en decirlo! me he dejado llevar del frenesí social, despreciando la humildad y amando el fausto y la grandeza. Pequé, Señor, os diré con el real profeta; he obrado el mal en vuestra presencia (1), he andado tras la vanidad y la mentira, he sido pesada de corazón (2)... Pero, ¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? Que Vos, Ser infinito, os hayáis empequeñecido en la Hostia eucarística; y que yo, ser exiguo, pretenda levantarme sobre mí misma y sobre los demás. Que Vos, Ser magnífico, eclipséis vuestros resplandores en el Sacramento; y que yo, ser ruín y despreciable, quiera mostrar dotes que no tengo y ostentar una gloria que no es mía. Que Vos, Ser hermosísimo, echéis en el sagrario opaco veio á vuestra Belleza perfectísima; y que yo, miserable é imperfecta, busque ajenos atavíos para hermostear mi fealdad y brillantar lo que nada vale... ¡Ah! esto no es digno, esto no es noble, esto no puede seguir así. Yo, pues, me confundo, me confundiré con el polvo, me hundiré en el olvido y en el desprecio para acordarme de Vos solo y de vuestras cosas, para amar á Vos solo y á mis hermanos por Vos; y puesto que al corazón contrito y humillado jamás despreciáis, hedme aquí, Señor, en vuestra presencia, resuelta á escuchar vuestras lecciones, y dispuesta á ponerlas en práctica, para lo cual necesito y os pido reiteradamente vuestra gracia. Amén.

(1) Ps. L, 6.

(2) Ps. IV, 3.

III

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos muestra la virtud de la Pobreza.

Jesús.—Aunque por hermosa peana tenga al universo con sus variados primores; aunque por regio dosel me adorne la infinidad; aunque posea en mi mano todas las riquezas existentes y posibles, es indudable, alma mía, que el Todopoderoso, humanado, quiso ser pobre y aparecer como tal. Para vestir el ropaje del hombre escogí pobre doncella y modesta habitación; para nacer preferí mísero establo y la compañía de brutos animales; para abrigarme no rehusé pañales ordinarios y estrecho pesebre; para vivir adopté la casita de humilde operario, comida parca y vestido áspero; para ejercer mi divina profesión me asocié á pobres pescadores, anduve á pie descalzo, pedí limosna y carecí de habitación; para morir me entregué en manos de la desnudez, no teniendo siquiera donde reclinar mi cabeza, comodidad que no negué á las aves del espacio. Todos estos prácticos ejemplos de pobreza pasaron, es verdad; mas Yo quise que esta virtud, tan odiosa á la naturaleza corrompida, estuviese latente de algún modo en la tierra, como lo podrás admirar en la Santa Eucaristía, en la cual me he desnudado del ropaje de gloria á cambio de los modestos accidentes eucarísticos con los que he cubierto mi Persona divina, pudiendo haberlos reemplazado por otros medios vistosos, grandes y soberbios. Verás que me dejo colocar en sagrarios no lujosos, sobre lienzos ordinarios y en iglesias pobres. Para mi servicio no exijo riquezas, ni suntuosidad, ni magnificencia; si los hombres me rinden culto de esta manera lo acepto gustoso, pero contentándome con un corazón limpio y unas formas desprovistas de grandeza y ruido. Me entrego con preferencia á los humildes, á los enfermos, á los necesitados, á los trabajados, á los desgraciados, según el mundo; pero no rechazo á los grandes de corazón, á los ricos y potentados, á los sanos y alabados de los hombres.

Sin embargo; mis ejemplos, por lo general, no son secundados; los hombres se avergüenzan, no ya de ser pobres, sino de parecerlo, olvidando la bienaventuranza eterna que prometí á los que fueran pobres de espíritu (1), y no pensando que el que no renuncia á todo lo que tiene (al menos con el afecto) no puede ser mi discípulo (2). El mundo está ciertamente equivocado en extremo en lo que respecta á la pobreza como prenda moral. Ella es como la madre de todas las virtudes (3), y medio facilísimo para adquirirlas (4). Es siempre rica, nunca teme padecer miseria en este mundo, teniendo el privilegio de poseerlo todo, poseyendo al Señor de todo lo criado (5). Con ella se compra el cielo (6), como lo compraron sus profesores, siguiendo mi ejemplo, el ejemplo que les di desde Nazaret y el Gólgota, y ahora desde el Sacramento.

¿Tienes tú, sin duda, idea de la pobreza cristiana? ¿Preferirías la comodidad y el regalo, el fausto y la grandeza á la mortificación y sobriedad, á la decencia y parsimonia? ¿Te sonrojas de parecer pobre, desvalida y despreciada? Yo también fui despreciado por ser pobre y desvalido en la tierra, pero gozo de la gloria de mi Padre en recompensa de mi resignación, de mi alegría y de mi amor á la santa pobreza, y tú, asimismo, llegarás á ser copartícipe de mis glorias si vivieras pobre y resignada, amando esta virtud por mi amor. Si esto no has conseguido todavía, no titubees por acercarte al Tabernáculo, que Yo te daré los auxilios eficaces para que lo alcances.

Alma.—¡Oh Dios mío! Gracias sin fin te doy por el grato ofrecimiento que me haces de tus dones para que yo sea cual debiera ser. He visto á los prevaricadores y me he consumido de dolor (7), porque despreciaron tu ley santa; pero que ellos se porten así, no tiene nada de extraño, atendida

(1) Math. V, 3.

(2) Luc. XIV, 33.

(3) S. Ambros., lib. V. in Luc.

(4) S. Greg. Nacianc., Ep. ad Helen.

(5) S. Leo., Serm. 4 in Quadrag.

(6) S. August. in Ps. 76.

(7) Ps. CXVIII.

su profesión de perversos; mas yo que profeso tu ley y creo amarte como hija, ¡oh cómo me confundo á mí misma! Con verdad que me he dejado llevar del espíritu de grandeza mundanal; que he apetecido el regalo y las vanidades seculares; he deseado todavía más de lo que lícitamente puedo usar, administrar ó poseer. Repruebo, Señor, las ideas socialistas modernas; rechazo todo pensamiento de lucro é interés; nada de común pienso tener con los que se afanan por los bienes de la tierra; y puesto que comprendo cuáles sean las riquezas que produce la pobreza cristiana, amaré en adelante esta virtud; me estrecharé con ella para poder servirlos á Vos, que sois mi vida, y poder recibiros en la Eucaristía, á fin de que este bello Sacramento me comunique la fuerza y el valor necesarios para soportar las incomodidades materiales de esta virtud, prenda de las riquezas celestiales y camino seguro que conduce al paraíso. Así sea.

IV

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos predica la virtud de la Pureza.

Jesús.—De todas las grandes virtudes, la más bella es la castidad. Yo me recreo en las almas que la poseen y que se identifican gustosamente con ella. Después que prediqué su observancia con la palabra y el ejemplo, como viera que el hombre no puede ser continente á no ser que reciba de mí esta gracia (1), para que se estimulara á pedirla, dispuse fuese incrustada cual rica perla en el hermoso florón del Sacramento. Ahí late con la vida que le otorga mi Ser y se manifiesta brillantemente al mundo, pues sus vivos resplandores pasan á través de los velos eucarísticos. Es el Cordeiro inmaculado (2) que no pudo contaminarse con el pecado (3), á quien los sagrados Cantares apellidan Cándido, que se apacienta entre azucenas (4). Su hermosura es supe-

(1) Sap. VIII, 21.

(2) Apoc.

(3) Isai. LIII, 9.

(4) Cant. II, 16.

rior á todas las bellezas creadas (1), y en Él se resume lo Bello y lo Hermoso. La Hostia consagrada revela su nitidez y su pureza. Es redonda, porque la continencia perfecta no sabe tener liviandad que la afee; es blanca, porque la castidad debe parecerse á las niveas claridades de la luna; es limpia, porque la pureza debe semejarse á las corrientes cristalinas de las aguas. Nadie que esté manchado puede participar de la Santa Eucaristía. Su servicio debe ser en absoluto limpio, puro, esmerado, como el servicio del hombre que desea conservarse casto ha de ser honesto, pulcro y santo.

Sí, alma querida; la perfecta pureza une con Dios (2), y á Él verán los castos, porque son bienaventurados los limpios de corazón (3). La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel (4); ella honra los cuerpos, adorna las costumbres, es el freno del pudor, el origen de la pureza, la paz de las familias y la primera condición de la concordia (5). Siendo esto así, revelando á la pureza el Sacramento de los altares ¿no amarás esta virtud? ¿Huirás de los reflejos eucarísticos para que no impriman en ti el calor de la santidad? ¿Pero qué digo? Te veo ciertamente mezclada en muchos peligros que en un momento dado pueden derrocar el fuerte castillo de la santidad. Tú no temes frecuentar aquellas amistades profanas, alimentar aquella pasión violenta, asistir á espectáculos libres, leer novelas inmorales, fomentar ciertas vanidades y pasar el tiempo ociosamente; pero allá en el fondo de tu corazón el gusano de la conciencia morderá de vez en cuando sus delicados pliegues y tú no dejarás de sentir el dolor agudo de sus mordeduras. No sigas ese camino que, por ser resbaladizo, al precipicio conduce; déjate, déjate de ciertas chanzas y diversiones que no dejan de ser liviandades graves y pueden perderte para siempre. Entabla en lo sucesivo una fiel correspondencia

(1) Ps. XLIV, 3.

(2) Sap. VI, 20.

(3) Math. V, 8.

(4) S. Ambros., lib. I de Virg.

(5) S. Ciprian. De bono discip.